

Introducción

El 15 de enero de 1826, hace exactamente dos siglos, las últimas fuerzas realistas de la América continental rendían sus banderas, blancas con la cruz de San Andrés, en una remota isla de la Patagonia chilena, Chiloé. Se ponía así fin simbólico, no a la presencia española en América y el Pacífico, que se prolongaría todavía casi un siglo más en Cuba, Puerto Rico, Filipinas y el rosario de islas entre América y Asia nominalmente hasta 1898 posesión de España, sino a una organización política, la Monarquía católica, en torno a la que había girado la geopolítica del mundo atlántico, y del pacífico, durante aproximadamente tres siglos.

La zona más austral y perdida del continente, Chiloé, estaba y sigue estando poco menos que en el fin del mundo, fue el escenario donde alrededor de dos mil chilotas, comandados por el intendente Quintanilla, se enfrentaron a las fuerzas republicanas chilenas, que dirigía Ramón Freire. Una escaramuza que no supuso nada con respecto a la deriva general de la guerra, sólo la consumación de unos de los conatos de resistencia que, tras Ayacucho, habían mantenido viva la esperanza del mantenimiento del orden virreinal.

A partir de ese momento serían los nuevos Estados nacidos de la descomposición de las dos monarquías ibéricas los que organizarían el inmenso territorio propiedad hasta ese momento de los reyes asentados en los tronos de Madrid y Lisboa. Se pasaba así de un mundo homogéneo a otro fragmentado de múltiples soberanías políticas, que, en paralelo, iniciaban el proceso de su construcción como comunidades nacionales. En un mundo, el posterior a la caída del Antiguo Régimen, en el que sin nación no hay Estado legítimo posible.

Un nacimiento, el de los Estados nación iberoamericanos, a ambos lados del Atlántico, que tuvo su origen en las guerras desatadas por la invasión napoleónica de la Península Ibérica, que, casi sofocadas, se tornaron en secesiones una vez concluida la llamada Guerra de Independencia española, con la disolución de dos organizaciones políticas, la monarquía hispánica y la portuguesa, de marcado carácter euro-americano. Una disolución que tuvo mucho más que ver con la implosión de dos sistemas imperiales fracasados que con las gloriosas guerras de independencia narradas por las historiografías nacionales, y nacionalistas, decimonónicas.

La propuesta de este libro, con la participación de historiadores provenientes de diferentes países iberoamericanos, es analizar el tránsito de Imperio a nación, según el sugerente título de un ya viejo libro de Leandro Prados de la Escosura, a ambos lados del Atlántico, hasta el alumbramiento de casi una veintena de nuevos Estados nación, en uno de los más tempranos y exitosos procesos de invención de Estados y naciones de la historia de la humanidad. Con el objetivo de intentar entender, desde una perspectiva histórica, las complejidades de un proceso al que la retórica nacionalista, hegemónica a ambos lados del Atlántico durante los dos últimos siglos, ha opacado en lugar de esclarecer.

Los dos hechos fundamentales que se desprenden del período histórico analizado son el del nacimiento del mundo moderno a nivel socioeconómico y el de la irrupción de la nación como sujeto político. Relacionado con este último, la unificación de una comunidad que antes no era nacional a partir de la construcción de relatos de nación unificadores. Finalmente, una nación es sólo la fe en un relato, pero para que éste sea operativo es necesario construirlo y difundirlo.

Tras un primer estudio general, los capítulos del libro examinan la conformación de los Estados nación ibéricos, España y Portugal, para seguir después con los americanos, agrupados a partir de las antiguas demarcaciones virreinales, Nueva España, Perú, Río de la Plata y Nueva Granada, además de Brasil. Siempre con la idea de que se trató de un proceso global y no de cada uno de los nuevos Estados nación por separado.

El libro cuenta con un bloque final, generalmente soslayado por la historiografía, en el que se analizan, centrado casi exclusivamente en el caso español, los proyectos reaccionarios, que, aunque finalmente derrotados, fueron una alternativa real a las propuestas liberales de organización del orden político. Especialmente en el caso de España, también en el de Portugal, donde durante el

siglo XIX se libraron tres guerras carlistas, en las que, sobre todo en la primera, la posibilidad de una victoria de los que se oponían al orden liberal-nacional fue real. También los proyectos derrotados forman parte de la historia, sobre todo si, como ocurre en este caso, perviven durante décadas como alternativas viables a los finalmente derrotados, como obviamente fue el caso del carlismo.

Queremos agradecer como coordinadores del libro el honor que ha supuesto recibir las contribuciones de todos los que han aceptado colaborar en este proyecto, que, dada la alta calidad de los textos enviados, esperamos pueda convertirse en un texto de referencia para futuros estudios sobre el tema.

Tomás Pérez Vejo y Manuel Andreu Gálvez

Enero de 2026